

en ella cómo se salva el alma: En medio de risas se recorren las páginas, donde hay escenas de la picaresca y tipos de un cinismo triunfal, frases de sumisión mentida, de elogio interesado, de infelicidad medio cínica, en un ambiente trasladado con fidelidad de pintor al lienzo de las descripciones en que se ha especializado, para dejar al final, y a pesar del agrado de la lectura, la impresión melancólica de que la llamada política es aflicción del espíritu y faena de hombres que no trabajan sino con el alma a la espalda.—L. E. NIETO CABALLERO.



LA MALA ESTRELLA DE PERUCHO GONZÁLEZ, por *Alberto Romero*.
Ediciones Ercilla. Santiago, 1935.

En las últimas horas de 1935 apareció esta novela de Romero, ante la cual la crítica profesional se ha mostrado perpleja o esquiva. Es una novela que continúa la tradición artística de «La viuda del conventillo», ese grande acierto de la literatura nacional. Aun cuando esto de incluir tales obras dentro del calificativo literario corriente, sea desentenderse a sabiendas o no de su mérito principal, que es el de explorar zonas hasta hoy desdeñadas por nuestros escritores, salvo algunas narraciones breves de González Vera, Manuel Rojas, Diego Muñoz, Sepúlveda Leyton, Laurencio Gallardo y algunos otros creadores artísticos salidos del pueblo. Romero, por su parte, junto con Joaquín Edwards, entró a la observación del mundo de la miseria como espectador y sigue en la pintura de caracteres de los bajos fondos por pura vocación.

En este sentido, «La Viuda del conventillo», su primera novela social, y «La mala estrella de Perucho González», se refunden y completan. Esta última novela saca a luz la cosecha miserable de aquellas siembras de abandono y desesperanza. El delito y la cárcel toman aquí el puesto favorito que tienen el idilio y el matrimonio en la novela romántica. Un escritor de la

clase media que vaya a estudiar esas vidas en su intimidad psicológica, ha de disponer de facultades fundamentadas en la intuición, más aun que de dotes de observador objetivo. Porque no se trata solamente de trasponer el golfo que separa una clase social de otra, de desentenderse de los hábitos de toda una vida, sino de sondear en ciertas almas en que la inteligencia se ha quedado un poco más que en instinto; en naturaleza donde el sentimiento yace atrofiado bajo una dura y espesa costra de encanallamiento y estolidez.

Y he aquí, pues, que Alberto Romero, destinado según todas las apariencias del determinismo social a escribir cuentecitos para las páginas ilustradas de los diarios dominicales, se halla convertido en un novelista del pueblo que va buceando por callejuelas y pocilgas donde la vida literalmente fermenta y hasta suele hervir con explosiva intensidad. Pues así como la novela burguesa es por lo general el drama de las aspiraciones románticas (el soñar con los países donde no se vive y aspirar a ser lo que no se es) la novela del pueblo debe enfrentarse en muchos casos con lo puramente animal, no ya con aspiraciones más o menos ociosas del espíritu, sino con las imperiosas necesidades del hambre. El novelista traza resúmenes animados de aquello que el sociólogo ha de reducir a esquemas impersonales. Aquí está la vida del pobre, zarandeada entre la tentación y la prohibición. Dondequiera que se vuelva, le cae encima la manotada del padre o de la madre, o el palo de la policía. Las buenas maneras, la limpieza, la cortesía, la virginidad son para el pobre lujos extravagantes. Y esta vida arrastrada y precaria, que cierra el horizonte a toda visión alentadora, desarrolla en cambio los instintos solapados, la garra de la astucia y la rapacidad, el odio canceroso, la crueldad medio inconsciente.

Perucho González, el héroe lastimoso e impresionante, sin embargo, de la novela de Romero, epitomiza esas taras sociales en un retrato hecho a menudos retazos, como esos mosaicos bizantinos, por una pluma minuciosamente concienzuda. Su arte

tiene recursos harto sutiles bajo ese tono aparentemente canallesco que le sirve de vestidura, por un eficaz recurso de mimetismo literario. Son páginas que trasudan socarronería, el cinismo jactancioso y procaz del ambiente; pero que en otro sentido más profundo se empapan en una como emanación ideal de comprensión y de piedad.

El artista ha comprendido que hasta en los sótanos de la existencia hay chispazos de sentimiento y de razón que tienden invenciblemente a aflorar y participar del sol y de la vida. *El mundo de la miseria no aparece lo mismo a los ojos del miserable que a la mirada casual del observador extraño.* Y esto que para el moralista a secas podría ser el colmo de la tragedia—la ignorancia del condenado que no se da cuenta de su propia abyección—encierra para el escritor y el psicólogo un mundo de posibilidades inesperadas, perspectivas más o menos remotas de redención social.

Alberto Romero logra efectos excelentes en esta yuxtaposición de contrastes. En sus andanzas nocturnas consuetudinarias por todos los barrios santiaguinos, en la anotación rigurosa de sus *rappports* personales con todos los elementos de la sociedad, de lo más empingorotado a lo que cualquiera otro tendría por lo más ruin, él va atesorando una visión polifásica de la vida, donde también las aspiraciones, los rasgos enaltecidos, las generosidades del alma popular brillan y flotan hacia lo alto, igual que esas llamitas fugaces que vuelan sobre las aguas estancadas y sobre los cementerios, pero que vuelan y relucen al fin.

Así ese chiquillo extraviado del barrio Matadero que es Perucho González, abandona un hogar que no existía ni aun en la acepción sumaria de la palabra; cae en la compañía de otros desheredados como él, intenta una escapada por la vía de un cariño dentro de una categoría superior, (la hija de un despachero italiano de la vecindad), y rechazado naturalmente, se zambulle en el delito para ir a trabar conocimiento con el purgatorio de la prisión.

En su desarrollo, la historia de Perucho y de su barrio resume la historia de un caudal de aguas de montaña: represadas primero en una hondonada, se apoyan en los primeros capítulos, para lanzarse después, turbias y veloces, por el plano inclinado de su existencia. Escenas escritas minuciosamente, meticulosamente, adolecen en sus comienzos de cierta profusa lentitud; pero apenas la vida de Perucho se encauza por el despeñadero, la historia gana en vigor y en penetración, hasta alcanzar la mayor eficacia en las páginas de la cárcel.

La novela de Perucho González es la historia de su pueblo, la historia del hijo del arrabal, cuyo hogar está en el patio común y cuya universidad se reparte entre la calle, la taberna y el garito, para rematar fatalmente en la prisión como en un curso de perfeccionamiento. Vidas opacas y arrastradas, vegetar de pillos y borrachos, que raramente alcanza la promoción dramática del salteador de caminos o el heroísmo de una batalla. Cuando no los alcanza el engranaje de la fábrica o la rueda de un tranvía o el corvo del amigo, los pilla la máquina sorda y ciega de la justicia legal, que carece hasta de ese elemento imaginativo de redención que, los teólogos por ejemplo, han definido en la penitencia religiosa. Esa relación de conciencia que suele existir entre el confesor y el penitente, no existe casi nunca entre el reo y el juez. Le falta, pues, a la sociedad civil ese puente de las relaciones humanas por el cual el hombre que cae pueda reintegrarse a su dignidad de hombre cabal. Pero falta sobre todo una concepción nueva de la sociedad, fundada en algo mejor que la explotación de las fuerzas y la inteligencia humanas, a fin de dar un sentido y un horizonte a la muchedumbre de las gentes que hoy nacen, viven y mueren con un fin tan determinado de antemano como el de los tropeles de reses que pasan camino del matadero.—E. MONTENEGRO.